



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO III. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 6.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	4 pesos.	12 pesos.	24 pesos.	48 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 29 de Febrero de 1880.

REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

HISTORIA DE LA CAZA (1).

VIII.

LA CAZA EN FRANCIA EN LA ÉPOCA DEL FEUDALISMO.

Desaparecidos los celtas y los galo-romanos del vasto

(1) Véanse los números anteriores.

territorio de las Gálias, por efecto natural de la sucesion de los tiempos y del empuje de las generaciones, que se precipitan unas sobre otras como las olas de un mar que no cesa en su perpétuo movimiento, presentáronse en la escena los pueblos germanos procedentes del lado allá del Rhin, viniendo con ellos los burgondos, los visigodos y

los francos, que dieron principio á la época llamada me-rovingia y luego á la Carlovingia, en la que descuella con su indisputable grandeza la figura gigantesca del gran em-perador Carlomagno.

Todas aquellas legiones bárbaras, al salir de sus embre-ñados montes para invadir en el siglo v unas comarcas ci-



LA VEDA.

vilizadas relativamente á sus selváticas guaridas, importaron como costumbre característica y como herencia de sus fieros antepasados un amor ardiente á la caza, una pasión invencible á los lances venatorios, descritos admirablemente por Tácito y por César, el cual dice en sus *Comentarios*, que los germanos no tenían nociones de agricultura, alimentándose solamente con carne, queso y leche. Toda su vida la empleaban en los ejercicios militares y en batir el monte, acostumbrados como lo estaban en su país á perseguir los alces, los renos, los osos, los linces, los castores, y especialmente el *urus*, aquel terrible animal, bravo como un león, casi de igual magnitud que un elefante, y cuyos cuernos servían á los cazadores de gloriosa copa para celebrar sus triunfos en los festines.

Los monarcas visigodos bajaban del trono á las ocho de la mañana lo más tarde, después de haber administrado justicia, dedicando á la caza todo el resto del día, seguidos de numeroso séquito de servidores, que llevaban los arcos y las flechas, porque entonces se consideraba impropio de la dignidad real cargar con el peso de las armas.

Los francos, sucesores de los visigodos, fueron aún más allá que éstos en sus aficiones venatorias, pudiendo decirse que nacían y morían en medio de las continuas batidas que daban á las bestias feroces y á toda especie de animales.

La pasión por la caza y los desórdenes á que los nobles francos se entregaban á causa de ella llegaron á tal punto, que los hombres piadosos trataron de reformar las costumbres licenciosas de la época. «Es tal su demencia, dice Jonas en su *Institucion laica*, que los domingos y días de precepto abandonan el oficio divino para irse de caza, y descuidan, por semejante pasatiempo, la salvación de su alma, hallando ménos placer en oír el himno de los ángeles que los ladridos de los perros que les ayudan en la montería.»

Pero mejor que ninguna cita ni documento demuestran las leyes de los francos y de los pueblos de raza germánica sometidos á su dominación, la inmensa importancia que daban á sus cacerías y á todo lo que con ellas se relacionaba. Las penas prescritas para los que robaban perros ó aves amaestradas de rapiña ocupan casi la totalidad de los códigos bárbaros de la época.

La caza era un ejercicio libre para todas las clases sociales, y cazaba desde el Rey hasta el más humilde pechero, exceptuándose de esta regla al clero, que no podía llevar traje seglar, ni tener armas, halcones, ni perros.

Vino Carlomagno é introdujo en sus cacerías el fastuoso esplendor de los emperadores de Oriente, organizando sus trenes con un lujo y una riqueza que han quedado como proverbiales en la historia.

Los servidores en su totalidad estaban subordinados á dos altos dignatarios de palacio, el Senescal y el Conde de las Cuadras (*comes stabuli*, que más tarde se llamó *condestable*), y ellos dictaban las órdenes, según la estación, que eran necesarias á la buena administración y conservación de los trenes de caza. Los grandes oficiales marcaban el número de hombres, de perros y de caballos afectos inmediatamente al servicio de la caza Real, y los que mediatamente y como reserva habían de mantener los pueblos y cantones dependientes de la Corona.

Al acercarse el otoño trasladábase el Emperador á uno de sus magníficos cotos, y allí, rodeado de los príncipes y de los magnates de la Corte, cazaba venados en Agosto, y jabalíes durante el resto de la estación. Estas grandes cacerías de otoño (*venationes autumnales*), organizadas como expediciones militares, constituían por sí mismas un espectáculo sorprendente y prodigioso. Ejércitos de ojeadores, y jaurías en que los perros se contaban por millares, obligaban á las reses á entrar en los recintos cercados por la tela, donde los monteros, jinetes en hermosos caballos, las acometían armados de lanzas ó de venablos.

Los reyes carlovingios no recibían jamás de corte sin dar á seguida una cacería, á la que concurrían, como es consiguiente, los principales extranjeros y los embajadores que iban á negociar tratados ó á pactar alianzas.

Un escritor de aquellos tiempos remotos nos ha dejado nada ménos que un poema sobre la entrevista del papa Leon III y de Carlomagno, verificada el año 799, ocu-

pando más de la mitad de la obra en relatar la cacería que precedió á la entrevista indicada.

«Apénas despuntaba el alba, dice, los jóvenes príncipes saltan del lecho para ponerse precipitadamente sus armaduras; la Reina y sus hijas hacían el tocado á toda prisa; los caballeros reuníanse en los patios del palacio, mientras los palafreros apénas pueden contener la impaciencia de los corceles, y las jaurías responden con sus ladridos al crujir de los látigos. El Rey oye misa primero y luego monta su caballo cubierto de arneses de oro, y da la señal de la partida. Luityarda, la bellísima esposa de Carlos, se presenta á la cabeza de la familia Real. Una cinta roja que le rodea las sienes se trenza con sus espléndidos cabellos coronados por una diadema de pedrería. Su traje es de púrpura, y una clámide blanca como el ampo de la nieve, sujeta al cuello por un broche de oro, flota graciosamente sobre su casi desnuda espalda.»

»Sus hijas, casi unas niñas, siguen á caballo á Carlomagno y á Luityarda en todas las peripecias de la montería, arrostrando el peligro con la sonrisa en los labios y la fortaleza en el corazón.

»Matóse un número prodigioso de jabalíes, que eran las reses más estimadas por los monteros de aquella época, y luego se celebró un festín bajo tiendas de campaña alzadas en medio del monte, especie de intermedio que los pueblos de raza germánica no omitían nunca en ninguna de sus cacerías.»

Cuando surgió el feudalismo de las ruinas del gran imperio carlovingio, la caza se convirtió en uno de los más altos privilegios de que disfrutaba la nobleza.

Los barones feudales pasaban ocupados en cazar todo el tiempo que no les reclamaban los ejercicios guerreros, y á veces combatían á un tiempo contra las fieras y contra los enemigos.

En el tiempo en que Pedro el Ermitaño indujo á toda la nobleza á emprender la primera cruzada, se veía á los caballeros caminar á través de Europa y del Asia Menor, precedidos de sus perros de caza y llevando halcones en el puño derecho. De estos pobres animales murieron en los desiertos de la *Frigia abrasada* quinientos en una sola mañana, devorados por la sed. En cambio los perros salvaron al ejército, descubriendo, cuando ménos se esperaba, las aguas cristalinas de un río caudaloso.

Al emprender su marcha la segunda cruzada en el año de 1142, el papa Eugenio III prohibió á los caballeros cristianos que llevasen trenes de caza á la Tierra Santa; pero el mandato no fué sin duda obedecido escrupulosamente, porque algún tiempo después Felipe Augusto, los compañeros de S. Luis, y Ricardo, Corazón de León, cabalgaban hacia Palestina con sus jaurías y sus pájaros.

En Siria se cazaba en todas partes y con cualesquier motivo; así en las fiestas cortesanas como en las de religión, lo mismo entre dos misas que entre dos batallas, utilizando hasta las horas que debían ser consagradas al sueño y al reposo.

Cuando Eduardo III de Inglaterra invadió á Francia en 1359 llevaba consigo treinta halconeros á caballo y ciento veinte parejas de perros, no siendo menor el séquito venatorio de cada uno de sus señores y *ricos homes*, con quienes cazaba donde bien le parecía. En todo cortejo feudal, en toda embajada, por modesta que fuese, pájaros y perros tenían su puesto como accesorio obligado.

Los regalos que los soberanos ofrecían á sus aliados, y los tributos impuestos á los vencidos, se componían casi siempre de perros de caza y de aves amaestradas, y después de la jornada de Nicópolis, el Rey de Francia envió al sultán Bajazet II magníficos presentes, entre los que figuraban en primera línea gerifaltes blancos, reunidos con gran trabajo, y algunos galgos de gigantesco tamaño.

Al fisco se pagaba también en objetos como flechas, parejas de perros, arcos, halcones y cabezas de jabalíes, imponiendo además las costumbres feudales á los vasallos de un señorío la obligación de mantener los caballos del señor, los perros, los pájaros y hasta los monteros y servidores de ínfima clase.

En los salones de los castillos era no sólo moda sino gran gala el mezclar los trofeos de caza con los de guerra como adorno de las paredes. El chuzo de matar jabalíes y las trompas con boquilla de plata se confundían con las banderas, las lanzas y los acuartelados escudos. Las corna-

mentas de venados y de gamos servían, no ya de parrupias, sino de adorno esencial en magníficos muebles; y en los cuadros, en los tapices y en las vajillas se veían representadas primorosamente escenas de la vida venatoria.

La caza se mezclaba así en los actos de la vida pública como en los de la privada. Construíanse piezas mecánicas, reproduciendo hechos de caza, y en los festines caballescresos se servían enormes pasteles, de los que salían pajarillos vivos. Una vez que éstos se hallaban revoloteando por los salones, soltaban contra ellos halcones, sacres y otras aves de rapiña, que los perseguían y se apoderaban de ellos, con gran gozo y divertimento de los comensales del banquete.

Al entrar Luis XI en su capital fué obsequiado con una cacería de ciervos, porque la caza se asociaba á todas las ocupaciones y á todos los placeres de la época feudal, hasta el punto de que cuando sobrevenia la muerte se envolvía el cadáver del cazador noble en la piel de un venado, último trofeo venatorio que llevaba consigo á la soledad del sepulcro.

En nuestro artículo inmediato concluiremos de bosquejar los hechos culminantes que demuestran la pasión, á veces desordenada, que los señores feudales sentían hacia unos placeres, que en más de una ocasión pagaron con el sacrificio de su propia existencia.

C. T.

LA VEDA.

(Véase la lámina de la página 41.)

La naturaleza, lo mismo que el mundo intelectual, tiene una religión inspirada por la sabiduría del Sér Supremo, que sirve de base y fundamento á su vida, con leyes inmutables, con preceptos fijos, con períodos de gozo y de tristeza, con galanas fiestas que á nada pueden compararse, porque nada iguala á su pomposa magnificencia, y con un decálogo, en fin, que se revela por manifestaciones externas, y de cuya fiel observancia depende la vida, el crecimiento y la prosperidad de todo lo creado.

Infringir esas leyes equivale á lanzar una nota discordante que altera el conjunto armónico de la obra de Dios; significa la comisión de un crimen de esos que no pueden nunca redimirse, porque á ello se opone el grito continuo de la conciencia, ó supone por lo ménos que se incurre en una falta de inmediatas y terribles consecuencias, cuyos resultados, como las flechas de la leyenda mitológica, se revuelven siempre sobre la mano misma que los produce.

El hombre que por medio de sus actos se pone enfrente de la ley natural, es un desatentado ó un loco que carece hasta del instinto que caracteriza á los irracionales.

Por más necesitado y lleno de angustia que se vea, no pensará siquiera el labrador en agavillar su trigo mientras el sol del estío no haya teñido ántes las espigas con el color de sus rayos; por sereno y azul que aparezca el cielo en una mañana de invierno, no sacará el jardinero sus flores de la estufa exponiéndose á verlas morir al soplo helado del viento; por mucho que se adelanten los calores, no por eso despojará el ganadero de abrigo á sus rebaños ántes de la época prefijada para la esquila; cuando el hielo endurece la superficie del suelo, seguro está que el labriego inteligente se esfuerce en romper su terruño ni confíe al calórico germinador de la tierra la semilla que ha de darle ciento por uno; mientras la savia permanece en movimiento no hay miedo de que el arboricultor pade las ramas viciosas ni dañe las raíces del tronco aireándolas con un trasplante intempestivo: hacer lo contrario es perjudicial á los propios intereses y acometer empresa tan absurda como querer, con una tabla por dique, contener el curso impetuoso de un río.

La sabia Naturaleza va indicando por sí misma, sin esfuerzo, pero con indomable voluntad, cuáles son sus preceptos y cuál la lógica de sus respetables designios; y así como paraliza la vegetación de los árboles al primer beso de las brisas otoñales, para que tengamos ramas secas y abundantes con que desentumecer nuestros miembros en el aterido invierno, así también procrea legiones innumerables de animales de toda especie, á fin de que

favorezcan con su mutua guerra de exterminio los tesoros de la agricultura, aniquilando por este medio millones de enemigos ante los cuales el hombre es un pigmeo, y sus planes y propósitos debilidad é impotencia.

Si en el mes de Noviembre comienza á envolverse en blancos ropajes, no para dormir ociosa, sino para incubar en su seno los gérmenes de la futura produccion, á principios de Abril celebra su gran fiesta de la resurreccion universal, haciendo que las flores abran sus pintados broches, y que se liquiden los cristales petrificados de los rios, no sin haber decretado en la segunda mitad de Febrero que cese en nuestra zona la persecucion á los animales de caza, con objeto de que se desenvuelva en toda su plenitud y libertad ese misterio sublime que se llama el amor, á cuyo influjo bendito deben su existencia los seres que alientan, y cuyos lazos son los eslabones, no rotos nunca, de esa cadena que nos une á los vivos de hoy con los pobladores primitivos de la tierra.

La época de la Veda es, pues, el período más solemne de esa religion santa y natural que hemos mencionado anteriormente. Antes que los gobiernos la determinasen por medio de una ley, ya estaba marcada como tal por el designio de Dios en el breve y conceptuoso mandato de la Biblia, exigida por la necesidad instintiva de amar que despiertan en el alma los efluvios primaverales, é impuesta ademas como la única solucion á los arduos problemas sociales que se enlazan con el de la alimentacion pública:

Salus populi suprema lex.

Si hoy podemos aún satisfacer las exigencias de nuestra pasion favorita, ya mañana no es legal, ni es noble, ni es honrado el matar de un solo tiro millares de esperanzas para el porvenir.

El respeto incondicional, absoluto y profundo á la ley de la Veda nos lo pide con harta elocuencia en interes de nuestras propias aficiones; nos lo exige la Administracion pública, convertida en este caso en generoso auxiliar de las necesidades, de la que es madre pródiga y amorosa de todos, y nos lo ordena, por último, el que hace estremecer las fibras del corazon con los sacudimientos de esos trasportes amantísimos que enseñan al ave la arquitectura necesaria para construir el nido, que infunde pasion y ternura á los cantos de la perdiz cuando reclama al esposo que vuela quizás en florestas desconocidas, y que ahueca y engrandece la brama del venado, que ebrio de amor y trastornado por sus lascivos deseos, asorda el monte por la noche, como si se quejara de su soledad y aislamiento, infundiendo en el ánimo asombro y pavor al oír cómo busca y cómo llama á la que ha de compartir con él los deleites de la misteriosa enramada.

Dejémosles gozar tranquilamente de la dulzura de sus amores, ó entregarse á los rudos combates que surgen del choque de los celos; acordémonos que en los claros del monte se representarán escenas de paz como la que con tanto gracejo describe nuestro grabado; córtete galante en que una hermosa liebre, exenta de temores y peligros, se dispone á elegir esposo entre los muchos donceles de igual especie que aspiran á los favores de la fortuna femenina, y consagremos nuestra palabra, nuestra pluma y nuestros esfuerzos, así individuales como colectivos, á que por nada ni por nadie se falte al humano y divino precepto de la Veda.

Harto numeroso es, por desgracia, el ejército de bandidos que cruzan el espacio, y harto crecidas las falanges de animales dañinos que se esconden en la tierra, para que nosotros, haciéndonos más feroces que las aves de rapiña, y más traidores que los cuadrúpedos que viven en continuo acecho, vayamos á aumentar las proporciones de un exterminio que en el hombre es infame, porque no tiene ni el pretexto, como pudiera invocar el sér irracional, de explicar el delito por la necesidad de alimentarse.

El placer, para que pueda apellidarse tal y saborearse en toda su pureza, es preciso que se ajuste á las condiciones legales de la sociedad en que se vive, porque lo contrario es un goce efímero y criminal de que no puede disfrutarse á la luz del sol, adquiriendo los caracteres repugnantes de un vergonzoso delito.

Delito, pues, y vergonzoso es el que desde mañana comete todo cazador á quien siquiera se ocurra la triste idea de perturbar con mano airada los raudales de armonía y de pasion que van á escucharse en las agrestes comarcas que han sido hasta hoy vasto escenario de nuestros triunfos y de nuestros agradables deportes venatorios.

P. C.

EN ALTA MAR.

EL ALBATROS, LA FRAGATA, EL PAJARO DE LOS TRÓPICOS, LAS AVES DE BORRASCA, EL FULMAR, LA GOLONDRINA DE MAR, LOS DELFINES, EL PEZ VOLADOR, EL BONITO, LA DORADA Y OTROS ANIMALES DE ORDEN INFERIOR.

(Véase la lámina de la página 45.)

En pocas situaciones se encuentra el hombre tan propenso á contemplar admirado á los seres vivientes, como cuando se halla en medio de la mar. Y se comprende que así sea, porque su encierro en el estrecho espacio de un buque, su alejamiento del trabajo cotidiano y la privacion de sus recreos acostumbrados, y por una parte la monotonía de la líquida llanura, en que se mueve, y por la otra la gigantesca cúpula del cielo, que lo cubre, tan monótona como la mar, le obligan á saludar con interes y con alegría á los seres animados que aparecen en esta desconsoladora superficie, en este desierto de aire y de agua. Cuando digo que con alegría, no ha de entenderse en todos los casos. No sin razon se llaman mensajeros de borrascas á muchas aves de alta mar, puesto que se acercan á los buques cuando la tempestad se aproxima, y claro es que en tal ocasion no han de regocijarse los amenazados.

Cuando abandona un bajel el puerto, lo acompañan generalmente algunas millas bandadas de gaviotas, que habitan en las riberas, y que revolotean en el puerto al rededor de los buques. Cuéntanse entre ellas, en las costas de Europa, la bella y orgullosa gaviota plateada, y ésta y la de cabeza negra en el Mediterráneo, grabada en el primer término de nuestra lámina. En cuanto el buque pierde de vista la costa, desaparecen las aves de ribera, y cuantas aparecen entonces en el firmamento son las verdaderas aves de alta mar.

Cada una se presenta como un triunfo de la naturaleza, ante el cual el hombre, á pesar de su asombrosa inventiva, se confiesa de todo punto impotente, y se llena de envidia ó de sorpresa, puesto que el pájaro de alta mar aparece como el apogeo mecánico de la locomocion, correspondiendo entre ellos la palma á la fragata y al albatros, personaje principal de nuestra composicion. Ningun navegante olvida jamas su imagen, si por ventura encuentra en su camino á este hercúleo volátil! Dejemos, pues, hablar del albatros á un testigo de vista, puesto que yo, por desgracia, no lo he sido. Bennett escribe:

«Grato y admirable es, sin duda, contemplar nadando en los aires á esta ave magnífica, impulsada insensiblemente, al parecer, por una fuerza invisible. Apenas se nota el menor movimiento de las alas, desde el momento en que se lanza y se eleva sobre las ondas con sus poderosas alas; se le ve bajar y subir como si la misma fuerza proveyese ambos efectos, como si el poder de sus músculos no interviniera en ellos para nada. Desciende, pasa volando muy cerca de la proa del buque, con cierto aire de independencia, como si fuese el soberano de cuanto se halla debajo. En sus movimientos no se nota el menor esfuerzo, sino vigor ingénito y maravillosa flexibilidad, juntamente con una gracia siempre igual y nunca desmentida. Navega por los aires con una facilidad portentosa, inclinándose á uno y otro lado, ó rozando con las hinchadas olas, como si quisiera humedecer en ellas los extremos de sus alas, y elevándose despues con igual velocidad y con movimientos tan graciosos como esbeltos. Tan rápido es su vuelo, que, poco despues de pasar junto al buque, apenas se divisa á lo lejos, subiendo y bajando con las ondas y recorriendo en segundos distancias prodigiosas. Es un espectáculo sublime el contemplarlo durante las borrascas; vuela lo mismo á favor que contra el viento; se regocija volando sobre la mar furiosamente agitada, y jamas demuestra cansancio.»

Tschudi nos da una idea de la duracion extraordinaria de su vuelo. Tiñó con breá la cabeza, cuello y pecho de un albatros cogido á bordo, y le devolvió su libertad en seguida. El ave se alejó del buque en un momento, pero

reapareció á los tres cuartos de hora en compañía de muchas aves de su especie, y de otras de las llamadas de tempestad, que lo seguian constantemente. Fijó en él entonces su atencion, é invitó al oficial de cuarto á que lo imitara. De sus comunes observaciones averiguaron que siguió sin cesar al buque durante seis dias enteros, desapareciendo en este tiempo sólo cuatro veces de su vista, aunque nunca más de una hora. Al séptimo por la mañana temprano desapareció en alta mar y no volvieron á verlo. Es indudable, sin embargo, que seguia tambien al buque por la noche, puesto que se le distinguia siempre, al acercarse aquélla, en cuanto era posible, y lo observaba despues el oficial del primer cuarto de dia volando siempre sin descanso. La marcha del buque era generalmente de cuatro nudos y medio por hora (8,1 kilómetros), y el doble en ocasiones.

El ave acompañó, pues, al buque en una extension de 1.200 kilómetros, y no en línea recta, como es de suponer, sino formando círculos de muchas millas de diámetro. En la hipótesis de que el ave cruzó del modo expuesto, hay que triplicar el número apuntado y convertirlo en 3.700 kilómetros; y si por aproximarnos á la verdad tomamos el medio proporcional entre ambas cifras, voló 2.400 kilómetros en seis dias, ó 400 cada dia.

No olvidemos, por otra parte, puesto que de no ser así no comprenderíamos este fenómeno en absoluto, que para ayudarle en sus movimientos hacia adelante ó á favor del viento cuenta con el auxilio de éste, como los buques de vela, y los aventaja en que no ha de vencer el empuje de la corriente, que siempre vuela á favor del viento. Pero en cambio ha de sostener en el aire todo el peso de su cuerpo, lo que no sucede al buque, y cuando traza círculos ha de describir un semicírculo contra el viento, en cuyo caso es su vuelo portentoso, sobre todo si se advierte que lo que hizo en los seis dias, dia por dia, lo hace siempre, excepto mientras empolla sus huevos, época de algunas semanas. Figurémonos, por tanto, una locomotora que recorre diariamente cuatrocientos kilómetros, ó más bien un maquinista que hace lo mismo cada dia.

Ese vuelo monstruoso explica tambien su vida errante, sobre la cual no poseemos datos seguros. Permanece de ordinario en una zona determinada del hemisferio antártico (entre los 30 y 40 grados), que debe considerarse como su patria, aunque por un lado se aleje hasta los 66 grados de latitud sur, y por otro hasta los 23 de latitud norte, llegando á veces en sus correrías hasta el Kamtschatka.

Para entender el por qué se les llama aves de alta mar, y la causa de que se diga que su verdadera patria es el océano sin límites, basta consignar que el Pacífico es recorrido continuamente por ellos. El Atlántico les parece demasiado estrecho, por lo cual prefieren su mitad meridional, la más extensa. Nunca se encuentran tampoco en el Mediterráneo.

En atencion á su alimento, tiene Brehm razon en apellidarle el buitre de los mares, puesto que todas las carroñas, especialmente de las ballenas, cuyos gigantescos pedazos son abandonados á merced de las olas, despues de extraerles la grasa, son para él apetitosos manjares, y por lo mismo siguen á los buques, para devorar cuanto es arrojado al agua. Sin embargo, consume principalmente muchos moluscos, de las varias especies que se crían en alta mar, y en particular ciertas jibias y caracoles marinos. No son aptos para la pesca, porque no saben sumergirse. No se apoderan volando de su presa, sino que siempre se posan antes en el agua. Levantan para esto las alas, recogen la cabeza y se encogen y extienden sus piés monstruosos, provistos de dedos muy separados para disminuir el choque, hundiéndose silbando en el agua.

Ya en ella sobrenadan como un corcho, porque parte del secreto de su vuelo sostenido consiste en que estas aves tienen debajo de la piel y en la cavidad abdominal, grandes vejigas llenas de aire, el cual llega hasta los huesos. Este aire se halla á la temperatura del cuerpo, y como caliente es más ligero que frio, se equiparan bajo este aspecto á un verdadero globo.

El graznido del albatros es sonoro y penetrante, en extremo desagradable, y semejante, segun algunos viajeros, al rebuzno de un asno.

No se sabe nada con certeza sobre la manera con que

se propaga. Empolla sus huevos en Noviembre y Diciembre, en cualesquiera islas del Océano, poco visitadas por el hombre, como las de Tristan de Acuña, la Eiland del Príncipe Eduardo, las Auckland, etc., en las cuales preparan los padres un vasto nido de seis pies de ancho con hierba seca, tierra y hojas, y en el cual pone la hembra un solo huevo. En Enero aparece ya el polluelo. Lo extraño es ahora que, según sostienen muchos observadores, el polluelo necesita un año entero para volar, y que sus padres sólo lo alimenten un par de meses, y por tanto es incomprensible cómo vivan lo restante hasta cumplir el tiempo indicado, puesto que en donde se halla el nido no hay nada que los alimente y no pueden bajar á pie hasta el mar desde tan elevados peñascos, ni nadie ha visto nunca en la ribera del mar á los jóvenes albatros. Anderson, que preguntó en cierta ocasión á un viejo capitán cómo vivían estos polluelos, recibió por respuesta «que de su propia grasa, en primer lugar, porque son monstruosamente gordos; en segundo, porque no volando, no pueden ir al agua; y por último, porque los pinguinos viven también meses enteros en los escollos sin probar alimento alguno, encaramados como bolas de grasa en los peñascos de las islas, y sólo se encaminan á la mar cuando están convertidos en esqueletos hambrientos.»

Estos datos han de ser tenidos en cuenta, puesto que, bajo el punto de vista de la teoría fisiológica, es claro que los animales que duermen durante el invierno, como los lirones, viven siete meses de su propia grasa, y únicamente nos asalta la duda de si puede haber pájaros que constituyan una excepción del hecho, afirmado hasta ahora en general, de que los volátiles no participan de estos sueños invernales. No es del todo imposible tampoco que los albatros ceben á sus hijos hasta el punto de que les impida volar su extrema gordura. Se verán obligados entonces á llevar una vida contemplativa hasta que se consuma su grasa, sea sustituida por aire y reducido su peso específico al grado indispensable para volar.

Los albatros, en sus distintas variedades, son de los volátiles más grandes, puesto que la mayor de aquéllas, el pájaro carnero (*Diomedea exulans*), mide de punta á punta de sus alas, en algunos individuos, hasta 4,2 metros. Su cuerpo es del tamaño de un cisne.

Cuando los encuentran los buques y les dan caza, lo hacen valiéndose de anzuelos. La voracidad de este pájaro gloton es tan grande, que casi cualquiera objeto puede servir de cebo. Mi amigo Zelebor tuvo la suerte de llegar á ser maestro en este ejercicio cinegético en la fragata *Novara*. Para lograr el cazador su objeto no ha de caminar el buque muy ligero, porque el pájaro, para coger el anzuelo, ha de acercarse mucho y no se ha de mover el cebo. Zelebor, al pasar el cabo de Hornos y penetrar en la zona de esta ave, averiguó, durante una tempestad violenta, que el método antedicho no daba resultado. Hízo-se entonces sujetar por los marineros á la cofa del mastelero por espacio de dos días, para no caer al agua, y en este tiempo cazó catorce, por medio de anzuelos untados de liga, en los cuales se enredaban las alas.

Respecto á la ligereza del vuelo, es superior la fragata al albatros, aunque no se aleje tanto de la costa. Mientras que se encuentra al último en cualquier paraje de alta mar distante de la tierra, la fragata no se separa de ella más allá de 20 á 50 millas geográficas, y pocas veces más allá de las 100. La razón de esta diferencia consiste en que el albatros descansa nadando en las olas y en que es buen nadador, al paso que la fragata no nada, regresa siempre á descansar á tierra, y duerme de noche en los árboles de la costa ó en los peñascos. Y por lo mismo es más extraño que esta ave se separe tanto de día de la orilla. Golfe dice que al salir el sol vuelan hacia la mar, y tornan á tierra á descansar á las tres de la tarde. Si calculamos que su mayor alejamiento de la tierra es de 30 millas, recorre 60 en ida y vuelta, ó 450 kilómetros. Pero como sucede al albatros, no vuela en línea recta, sino que recorre la mitad por lo menos de su camino, trazando círculos, en cuyo caso vuela al día de 800 á 900 kilómetros, y esto en nueve horas (desde las seis de la mañana á las tres de la tarde), y en cada hora ¡cerca de 100 kilómetros!

Su organización está, por otra parte, de acuerdo con esta velocidad prodigiosa. Es casi un globo aéreo, porque pesa poco más de tres libras; mide 2 metros de punta á

punta de las alas, y desde la del pico á la de la cola algo más de un metro, correspondiendo casi la mitad á su cola, profundamente ahorquillada, cuya proporción nos descubre la causa de que sea aún más volador que el albatros, poseyendo además en el cuello una gran vejiga llena de aire. No obstante, es, á nuestro juicio, exagerado el aserto de que esta particularidad permita al pájaro dormir volando.

El color de su plumaje, ya adulto, es negro padusco por encima, con cambiantes metálicos verdes y purpúreos, y pertenece á la especie de los cuervos marinos y pelícanos, puesto que si bien su membrana natatoria enlaza sus cuatro dedos, como no nada, es muy diminuta.

La fragata vive de peces, sobre todo de peces voladores. O los pesca por sí directamente, siguiendo á los delfines, que asustan á aquéllos con frecuencia, obligándolos á volar, ó los arrebató, ya pescados, á otras aves, como á los pájaros bobos, pelícanos, gaviotas, etc., valiéndose de su vuelo superior. Por lo demás, se sumerge también en el agua.

La fragata habita en todos los mares intertropicales, y en la época de la cría forma colonias semejantes á las de los cuervos marinos, en las cuales se reúnen muchos cientos de parejas, ya sobre las rocas, ya en los árboles inmediatos al agua.

Otra ave de alta mar, tan común como las anteriores, pero que se parece más al albatros porque también se aleja mucho de la costa, es el pájaro de los trópicos. En general se separa de la orilla de 500 á 600 kilómetros, aunque Bennet vió uno á 1.800 kilómetros de la tierra. Los pájaros de los trópicos son aves notables; el cuerpo es de un blanco delicado, ligeramente teñido de rosa, negras las alas y chorreras, y las plumas centrales de la cola muy largas y sin barbas. Pertenecen, pues, al orden de los palmípedos como las fragatas, puesto que su membrana natatoria abraza sus cuatro dedos, aunque su pico no es, como el de los palmípedos, terminado en ganchó, sino que, en su conjunto y accesorios, se asemeja al de la golondrina grande de mar. En cuanto á sus hábitos, el ave de los trópicos es de las que se sumergen de improviso, cerniéndose en los aires un momento y precipitándose después sobre su presa con las alas cerradas, de suerte que por un momento desaparecen con ella bajo las olas. Crian de ordinario en pequeños islotes deshabitados, y ponen sus huevos en tierra, entre los matorrales. Si las islas en que crían están habitadas, anidan en los huecos y hendiduras de los peñascos de las orillas, en parajes casi inaccesibles. Nadan tan poco como las fragatas; no regresan tampoco á la tierra regularmente como aquéllas, habiéndolas observado Beston en las noches de luna dando vueltas sin descanso del mismo modo que de día.

Aves verdaderas de alta mar son también las diversas especies de pájaros de borrasca, que pertenecen á la familia del albatros. En tamaño, sin embargo, le son muy inferiores, porque la especie mayor, la procelaria gigante (*Procellaria gigantea*), que se distingue con facilidad por su plumaje pardo achocolatado, apenas mide de envergadura la mitad de la longitud de la del albatros. Las demás especies, como la de los hielos del Norte, que frecuentan el Océano Atlántico boreal, y la paloma del Cabo, del Atlántico austral, son del tamaño de gaviotas medianas.

Las aves de borrasca sólo se ven en tierra mientras crían, saliendo al encuentro de los buques á los 6 ó 8 kilómetros de la costa, y nunca se ven, como las gaviotas y golondrinas de mar, en las bahías y ensenadas. Son compañeras fieles de los buques, distinguiéndose entre ellas como la más incansable la paloma del Cabo. Gould cuenta que, en su viaje desde el Cabo á la tierra de Van-Diemen, una de estas aves de plumaje claro acompañó al buque, que lo llevaba, tres semanas largas, trazando círculos en el aire de unas 20 millas de diámetro, y siendo sólo visible cada media hora.

Estas aves vuelan día y noche y se posan raramente, aunque saben sobrenadar y bogar. Más bien que de peces se alimentan de moluscos y crustáceos, y cuando las tempestades obligan á aquellos habitantes de la mar á sumergirse en sus profundidades, devoran todo comestible que se arroja desde los buques. Tschudi encontró en los buches de algunos judías, guisantes, lentejas, huesos, estopa, cuero, tocino, hojas de col, galletas, astillas de madera,

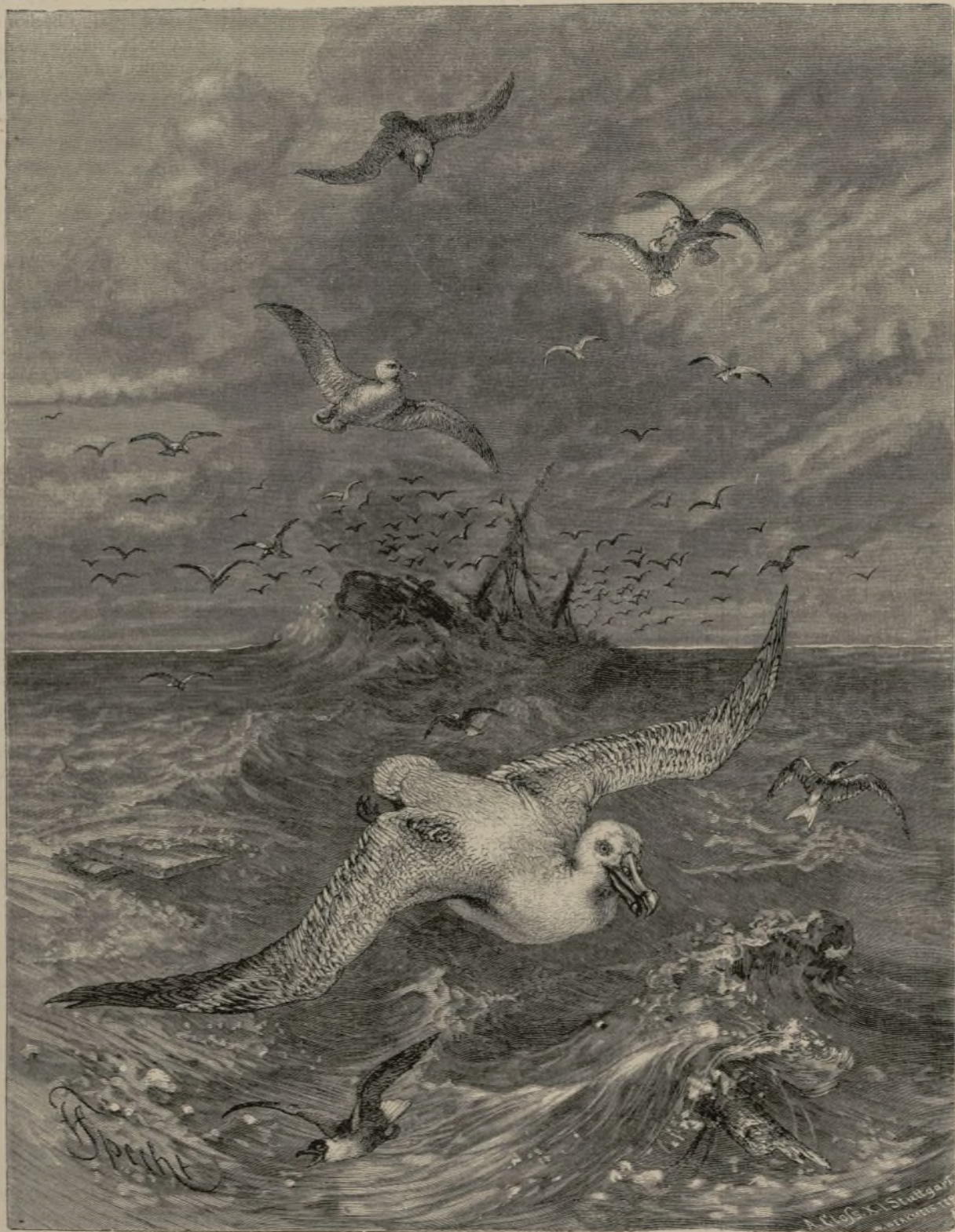
etc. Faber, que observó al ave de borrasca de los mares helados, ó fulmar, dice que ningún otro pájaro marino come acalefos como éste. De aquí sin duda cierto sabor particular que lo caracteriza, porque los acalefos tienen todos órganos urticarios, cuyo veneno, según se cree, es casi siempre mortal para los peces. Yo he visto por lo menos que los peces llegan todos muertos á la tierra, cuando caen con ellos en la misma red acalefos numerosos; célebre es la avidez con que se acercan á los pescadores las aves de borrasca, especialmente á los de ballenas, cuando despedazan estos cetáceos para extraerles la grasa. Son entonces tan atrevidos, que, según afirma Holböll, se matan con garfios por millares, y el cadáver de la ballena, ya sin valor alguno para el hombre, hormiguea de enjambres de fulmares, que lo asedian graznando y peleándose, hasta limpiarlo tan perfectamente de carne, que se hunde el esqueleto en las ondas.

La manera de criar del fulmar es bien conocida, desde Spitzberg y otros parajes situados más al Norte, hasta el sur de las Hébridas, cuyos habitantes explotan los peñascos y montañas, adonde acude á anidar en grandes bandadas. En Westmanoer, en Islandia, los pajareros se apoderan cada año de 22.000 polluelos, cuando menos, y puesto que sólo ponen un huevo en cada nido, han de criar allí 22.000 parejas de estas aves. Á mediados de Mayo se presenta el Fulmar en estas montañas, deposita un huevo en las rocas desnudas, en la primera mitad de Abril ó de Mayo, ó en algún hoyo de tierra. Los empo llan hasta principios de Julio, y á fines de Agosto están tan crecidos los hijuelos, que ya pueden cogerse. Se salan y desempeñan un papel importante entre las provisiones de invierno de los indígenas. Á mediados de Setiembre abandonan esos lugares los viejos y los jóvenes, y se encaminan á la alta mar, de suerte que no se encuentra la menor traza de ellos desde principios del año hasta la primavera siguiente.

La golondrina de mar es el representante de las aves pequeñas de la inmensidad del Océano. Pertenecen á la misma familia que las anteriores, aunque en lo general es de tamaño muy inferior, y la hay como la nuestra más común y como el tordo. En los mares europeos se conocen cuatro ó cinco variedades, y muchas más en el Océano Pacífico. El color de su plumaje es pardo rojizo con manchas blancas aisladas, y sus costumbres las de las demás aves de alta mar, esto es, que sólo durante la cría, ó á veces durante las tempestades prolongadas, vienen á las costas, y lo restante de su vida lo pasan volando sin descanso en el Océano, ya aisladas, ya en bandadas más ó menos numerosas.

De ordinario estas golondrinas vuelan muy cerca de las olas, á igual distancia de ellas, subiendo y bajando alternativamente sin variar su vuelo. Pero en ocasiones se elevan de repente, aletean con rapidez, se dirigen en todos sentidos á uno y otro lado, y se dejan caer oblicuamente para proseguir después de nuevo en dirección horizontal.

Se alimentan de moluscos, cogiéndolos al paso de la superficie de la mar. Crian en islotes situados en lo interior del Océano, en donde hacen su nido en taludes de tierra, en las hendiduras de las rocas, ó en viejas murallas, y montones de piedras, construyéndolos con hierbas secas, y poniendo en ellos un solo huevo. Grabe describe el hallazgo de un nido por un muchacho en una espesa pared de piedra de un edificio antiguo. El muchacho aplicó sus labios contra muchas hendiduras de la muralla, gritando *klürr*, respondiéndole una especie de *quiquiriquí* imperceptible siempre que profería aquella voz. Después de media hora de trabajo con el rompe-hielo, se sacó al fin la piedra que ocultaba el nido del ave, y se extrajo ésta á duras penas, por retirarse huyendo entre las piedras sueltas, colocadas más arriba de su nido. Imitando en todo á esta clase de pájaros de borrascas, el prisionero lanzó contra sus perseguidores por dos veces el contenido aceitoso y pestífero de su estómago, y cayó luego en esa impasible apatía que se apodera de todas las aves de alta mar cuando se hallan fuera de su elemento. Dejose, pues, llevar sin resistencia, sin hacer la menor tentativa para huir ni defenderse, y hasta lo tuvo Grabe suelto en la mano en su camino hacia la costa, y sólo al arrojarlo al aire huyó á su elemento con la rapidez de la tempestad.



EN ALTA MAR.—EL ALBATROS, LA FRAGATA, EL PÁJARO DE LOS TRÓPICOS,
LAS AVES DE BORRASCA, EL FULMAR, LA GOLONDRINA DE MAR, LOS DELFINES, EL PEZ VOLADOR, EL BONITO, LA DORADA
Y OTROS ANIMALES DE ÓRDEN INFERIOR.

Acaso ofrezca interes al lector saber algo más acerca de los animales que pueblan la superficie de alta mar, porque en ocasiones se presentan á la vista de los navegantes observadores, y son en parte la base de la alimentacion de las aves mencionadas.

Los mayores y más frecuentes que recorren esas latitudes marinas surcadas por los buques son, sin disputa, los delfines, que en número de seis á diez, y lejos de las costas, navegan en alta mar y se asoman sobre las olas. Aproxímanse al buque desde lejos, juegan á su alrededor, se sumergen y reaparecen en seguida, resoplando sin cesar, para proseguir más tarde su camino. Devoran todo linaje de peces, especialmente los voladores, los más conocidos de los viajeros.

Estos animales interesantes son verdaderos peces de alta mar, pero encerrados entre los trópicos, en donde abundan extraordinariamente, hasta el punto de verse cercados de ellos los buques y de tropezar los ojos con ellos por todos lados, ya solos, ya en bandadas. Su vuelo no es, como el de las aves, un movimiento contínuo de sus grandes nadaderas á modo de alas, sino que su empuje fuera del agua, comun tambien á otros peces, proviene de su manera especial de nadar. No hay otra diferencia sino que el pez volador posee una fuerza motriz considerable, y al agitar sus grandes aletas en una posición mecánica propicia, se lanza al aire como si fuese una carta despedida con vigor, que se resbala cien piés más lejos en una superficie líquida. Cuando no huyen, describen arcos de un metro de alto y seis de largo, y si son perseguidos, suelen trazarlos de cinco metros de altura y ciento de longitud.

Á los peces voladores, ademas de los delfines, siguen tambien los bonitos, especie de atunes, y las denominadas doradas.

El bonito es de un soberbio y brillante color, acompaña continuamente á los buques en el Atlántico, y su caza á los peces voladores constituye una fuente de observaciones repetidas para el viajero, distrayéndolo agradablemente, puesto que perseguidores y perseguidos rivalizan en astucia y ligereza, saltando tambien el cazador en el aire y apoderándose en él de su presa.

Lo mismo sucede á las doradas. Son tambien peces magníficos. Bennett dice: «En la calma aparece la dorada bajo el agua con sus colores soberbios, y ostentando reflejos metálicos de un brillo deslumbrador, desde el azul más puro al rojo subido, cambiando alternativamente de aspecto, aunque la cola permanezca dorada siempre. Cuando se le saca del agua y se le pone sobre cubierta, se mudan sus naturales colores en otros igualmente bellos, pero pierden en breve su brillo y degeneran en gris ó pardo. El nombre de dorada que lleva es alusivo á su color brillante. Se asemejan á los atunes, aunque se diferencian esencialmente de ellos por sus aletas dorsales, mucho más prolongadas. Persiguen sin descanso á los peces voladores, y los atrapan en el aire con la velocidad de una bala. Aun careciendo de las aletas peculiares de los peces voladores, saltan con frecuencia en los aires tanto como sus víctimas y con mayor ligereza. Su voracidad es monstruosa.»

Algunas palabras más sobre los animales de orden inferior que se encuentran en alta mar.

Tales son, por ejemplo, y muy singulares, los que pueblan los bancos de algas ó hierbas marinas. A consecuencia del movimiento de rotacion del agua del Océano, se ven en medio del torbellino en todos los grandes mares acumulaciones de una especie de varec ó de fucoides, que ocupan extensiones inmensas, puesto que las del Océano Atlántico boreal, que atraviesan todos los buques que se encaminan desde Europa á las Indias occidentales y á la América del Sud, cubre una superficie de 20.000 millas cuadradas. Estas plantas son el domicilio de un mundo entero de seres vivientes. Adheridos á ellas con fuerza, hay una especie de pólipos de musgo (*Flustra*), que en celdillas innumerables, del grueso de un grano de arena, forman una capa contína sobre las algas. Estos animalitos microscópicos, con un tentáculo dirigido hácia atrás, habitan separadamente en cada celdilla. A su lado crecen otros pólipos filiformes de musgo, del grupo de los sertularios. Tan adheridas á estas hierbas se hallan tambien masas en forma de excrecencias de una clase de ascidia

sociable. Entre las espesuras se albergan innumerables crustáceos, como un pulgon de azul de añil subido, de unas dos líneas de longitud (*Pontia atlanticum*); otro pequeño parásito marino de carmin muy vivo (*Hyperia*), y de los grandes algunas especies de esquilas, en especial una muy bella con rayas celestes ó blanco mate sobre fondo amarillo verdoso, en innumerable muchedumbre, y dos especies de cangrejos, la una del tamaño de un cuarto, notable por su abundancia y por su ensañamiento contra las esquilas, y la otra más gruesa y más rara, hábil en esquivar los lazos que se le tienden.

Encuéntrense asimismo en alta mar otras reuniones de animalitos, que no viven sobre plantas. A estas especies pertenecen los bancos mucosos formados de tuberosidades, en cuyo centro hay una celdilla central atravesada por granillos de arena, de los cuales penden animalillos filiformes á modo de los radios de un círculo. Muchos juntos alcanzan el tamaño variable, desde un grano de adormidera á un guisante, porque aislados son infinitamente más pequeños y escapan á nuestra vista. Cubren de ordinario miles de leguas cuadradas, é imprimen un color *sui generis* en las olas de la mar.

Hay ademas ciertas especies de caracoles marinos, que se presentan tambien en bancos considerables. Los principales son los caracoles de aletas (*Pteropodos*), provistos como las mariposas de dos aletas en forma de alas, agitando las cuales ya suben á la superficie del mar, sobre todo por la tarde, ya se hunden en sus profundidades. Se reunen en número prodigioso y de distintas clases, que ocupan la superficie del agua á ciertas horas del día, dejando luego este puesto á otras variedades. Notables son, en particular, los bancos de caracoles de ballena, del tamaño de una avellana, que sirven de principal alimento á este cetáceo. Entre los caracoles de aletas hay otra familia carnívora de caracoles marinos, los *kielfussnecken*, que moviéndose con una viveza extraordinaria, dan un mentís al proverbio que señala á su especie como de las más lentas.

Entre los animales marinos desempeñan un papel importante determinadas clases de peces de tinta, sobre todo la de los *ommastrephos*, adheridos á esos bancos en disformes masas, en especial á las de los caracoles veleros y *acalephos*, para vivir á expensas de estos seres inofensivos para ellos.

Los cangrejos por su parte, y entre ellos la familia de los pequeños parásitos, forman fabulosas aglomeraciones, y hay zonas de centenares de millas cuadradas, llenando la mar de tal suerte, que le imprimen su color, y bajo la influencia de tales enjambres de seres vivos, hasta se eleva sensiblemente su temperatura.

Por último, digno es de expresa mencion el hecho de encontrar el viajero lejos de la costa pájaros é insectos extraviados de la tierra. No raras veces se ven aves cantoras en el mar Atlántico, al navegar de América hácia Europa, y se sabe ademas que otras muchas cruzan regularmente el Mediterráneo. Hay mariposas diurnas y coleópteros hasta 10 millas de la costa, crepusculares y nocturnas, á 20 millas; y el capitán Stokes observó una libélula á 100 millas de tierra, y langostas á ciento, y Darwin vió á las últimas á bordo de un buque á 370 millas.

GUSTAV JAEGER.
(T. por EDUARDO MIER.)

HISTORIA DE UN PERRO AMBICIOSO.

CUENTO FILOSÓFICO.

En cierta casa de campo ó cortijo situado en las estribaciones de una gran sierra cuyo nombre no ha sido mencionado por las crónicas vivía un perro de pastor, encargado por éste de la custodia de numeroso ganado, llenando su misión el animalito con el celo, la lealtad y la inteligencia que son comunes á los individuos de su raza. Gozaba ademas de la estimacion general, poseia la confianza de su dueño, y cuando las ovejas entraban en el corral á la caída de la tarde, el perro, con media vara de lengua fuera, se desvivía, se centuplicaba corriendo á un lado y otro, sudoroso y jadeante, para que sus subordinados penetrasen todos en el redil y no se descarriase

ninguno por torpeza ó por deseo de echar una canita al aire.

Su existencia metódica y tranquila trascurría dulcemente dividida entre el cumplimiento del deber y los deleites del descanso.

¿Qué más podía desear?

En el castillo inmediato residía casi de continuo un gran señor que poseía una soberbia jauría de perros de caza, y los ecos de los alrededores repercutían con frecuencia el sonido de cuernos y de bocinas, trompetas de la fama que difundían á lo lejos las proezas venatorias del magnate y los altos hechos de su valiente jauría.

Esta fué la perdición de nuestro héroe, que no oía jamás sin un sentimiento de envidia los alegres acordes de aquellos conmovedores instrumentos.

Junto á la enorme chimenea del cortijo se reunían por la noche algunos pastores de las majadas vecinas con el piadoso intento de echar sendos tragos de lo tinto, y allí solían tambien concurrir los servidores del gran señor, que entraban como una tromba viviente acompañados de un lucido séquito de perros de muestra, ingleses, mestizos, galgos, y otras familias no ménos distinguidas de la raza canina.

Los mejores sitios al lado del fuego eran para estos preferidos de la fortuna y de elevado linaje, y si por casualidad *Canelo* (*Canelo* se llamaba el infeliz) trataba de deslizarse entre ellos en busca de un poco de calor, y usando al fin de sus desconocidos derechos de amo de casa, le arrimaban unos cuantos puntapiés tratándole de tunante, de entrometido é insolente, mandándole que se fuera al redil á tener cuidado de las ovejas.

Allí, entregado á sus pensamientos durante las largas veladas del invierno, sentía que la ambición iba apoderándose poco á poco de su alma.

«¿Soy yo acaso, se decía, ménos inteligente que toda esa turba manchada de diversos colores, porque tenga el pelo más basto, las orejas puntiagudas hácia arriba y algo prolongado el hocico?

«¿Qué es lo que me falta á mí para no estar alojado en una buena perrera y ser lavado, peinado, mimado y festejado como ellos?

«Tengo inteligencia de sobra: yo, mejor que esos orgullosos orejados, oigo á largas distancias el ruido más insignificante, y por oscura que sea la noche, distingo con mi penetrante mirada á los lobos que vienen á rondar junto á mi ganado.

«Si una liebre perseguida se esconde entre los piés de mis ovejas, ¿quién la descubre, ni quién se apodera de ella con más perfeccion y prontitud que yo?

«¿Quién sabe como *Canelo* conducir quinientas cabezas lo mismo que si fuesen un puñado de tres moscas?

«¿Qué hay en mí para que me expulsen con malas maneras de los sitios de preferencia, y para que en vez de cariño no vea más que desvío y rostros avinagrados?»

Hé aquí á nuestro pobre protagonista consumido por la rabia y sin saber por qué su poco agradable aspecto le habia de condenar á dormir eternamente en un cortijo en medio de un rebaño de animales obedientes, es verdad, cuyo mando supremo ejerce y que tiemblan á una sola de sus miradas.

El pastor, ademas, era un buen viejo, que si se incomodaba lo pagan las ovejas, y que no tiene más defecto que despepitarse por el zumo que suelta el fruto de la parra.

A la hora de la comida *Canelo* recibe su tajada correspondiente, y con la tajada una caricia, royendo deliciosamente los huesos de sus subordinados.

Los grandes se comen y se comerán siempre á los pequeños, y los fuertes se saciarán con la sangre de los débiles. *Canelo* adoraba á sus ovejas, pero no tenía escrúpulos en saborearlas bajo la forma de chuletas.

La ambición puede más, sin embargo, que todas estas juiciosas reflexiones, y sintiéndose listo, robusto, inteligente y dotado de muchos dones de la naturaleza, hizo los pocos preparativos que tiene que hacer un perro para tomar las de villadiego; se dirigió al castillo diciendo allá para sus adentros:

«El mundo es de los audaces!»

Penetró en el parque, entrometiéndose en las cocinas, y sin tropezar con ningún obstáculo serio, entró en el segundo patio, donde estaban las lujosas perreras, presen-

tándose á sus nobles congéneres y mostrándoles su patibularia cabeza y el cuello adornado con la plebeya carlanca.

Un silencio solemne se produjo inmediatamente después de su aparición. Los perros permanecieron inmóviles.

Sin embargo, abrieron cada ojo tamaño, examinando sin pestañear la mala facha del advenedizo.

—¡Qué cabeza más estrambótica! dijo uno.

—¿Qué vendrá á hacer aquí este intruso? exclamó otro.

—¡Bien podía irse al campo y no venir á llenarnos de sarna.

Tales fueron las frases que se ocurrieron naturalmente á aquellos perros tan bien educados.

Canelo los contemplaba con melancólica tristeza, sin saber qué postura tomar, porque su educación de perro de pastor, exclusivamente práctica, no le había enseñado á tener crianza ni modales distinguidos. Había vivido solo como un oso, sin comunicación con sus semejantes; carecía de tacto y de conversacion, y aunque hablaba correctamente la lengua perruna, tenía un tufillo á terruño y un corte especial en las frases que revelaba su origen campesino á tiro de ballesta.

Esto por una parte, y por otra la vista de la sucia carlanca guarnecida de clavos mohosos, fué lo bastante para que al punto quedase juzgado.

Ninguno de aquellos hermosos perros quiso reconocerlo como hermano.

Los instintos aristocráticos emanan sin duda de la naturaleza misma, y en ningún sér se desarrolla con más energía que en el perro, que es aristócrata en todas las relaciones ordinarias de su vida, excepto en el amor, que todo lo funde.

Absolutamente lo mismo que el hombre.

La perrera en masa enseñó los dientes á *Canelo*, porque allí no se trataba de amor, ni mucho menos, y una indignación general se manifestó, primero por un murmullo, y luego por un tumulto que se elevó gradualmente hasta el rugido.

Canelo no se amedrentó y se las tuvo firmes inyéntas la jauría ladraba como si fuese á los alcances de un venado ya herido.

De uno y otro lado se habló largo tiempo en el lenguaje de los perros, diciéndose cosas muy duras, poco espirituales y bastante apasionadas, á juzgar por aquellas fauces abiertas, por aquellas hileras de blancos dientes y por los furiosos ladridos que salían de todos los ángulos de las perreras.

Canelo les manifestó con vehemencia que estaba harto de la compañía del pastor y de guardar ovejas, que quería tener como ellos criados que le cuidasen, que se sentía con fuerzas y con inteligencia para igualarlos en el noble ejercicio de la caza, echándoles además en cara su egoísmo y su ridícula pretensión de acaparar todo el placer de su regalona vida.

Una tempestad de ladridos acogió estos razonamientos, hasta que al fin se presentó un criado, látigo en mano, medio dormido, y dispuesto á zurrar de lo lindo á los alborotadores.

El primer latigazo cayó naturalmente sobre el intruso *Canelo*, que al sentir el dolor se avanzó á una de las pantorrillas del hombre, haciendo en ella espantosa carnicería.

Pero tal lluvia de golpes cayó sobre el lomo del pobre animal, que tuvo que soltar su presa y echar á correr más que á paso con el rabo entre piernas.

Y no debía ser éste el final de sus infortunios.

Canelo, tan fiel y vigilante de costumbre, había aquella noche desertado su puesto.

Dios sólo sabe cómo sucedió, pero es lo cierto que el lobo durante su ausencia entró en el redil y se llevó el más hermoso de los corderos.

El desgraciado animal penetró en el cortijo lleno de espanto. Ya por el camino le había revelado su olfato lo que acababa de pasar por culpa suya, porque si hubiese estado fijo y alerta, el enemigo no hubiera penetrado en el recinto.

Presentía el castigo, reconociendo la justicia con que se le iba á administrar, y, en efecto, al amanecer el pastor descubrió la falta, y con unas tiras de cuero curtido

que la Providencia le puso á mano dejó á *Canelo* el cuerpo verde y sin un hueso que le quisiera bien.

Como llovía sobre mojado, es decir, como aquella soba caía sobre la otra fresca que acababa de recibir, estuvo el infeliz sin poderse mover por espacio de veinticuatro horas, reflexionando en el fatal desenlace de las aventuras á que empuja la ambición cuando se siente el loco deseo de salir del círculo á que de antemano nos ha predestinado la Naturaleza.

F. C.

GACETILLA.

ÉPOCA DE LA VEDA.—Llegó la época desgraciada para los cazadores, pero feliz para los animales, que á los continuos sobresaltos sustituirán el reposo y las tiernas escenas de la vida de la familia. Hace pocos días que se estableció la Veda en las provincias de media España, y mañana se establece en las de la otra mitad, conforme al siguiente artículo de la ley de Caza:

«Artículo 17. Queda absolutamente prohibida toda clase de caza en la época de la reproducción, que es en las provincias de Alava, Ávila, Burgos, Coruña, Guipúzcoa, Huesca, Leon, Logroño, Lugo, Madrid, Navarra, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Soria, Valladolid, Vizcaya y Zamora desde 1.º de Marzo hasta 1.º de Setiembre, y en las demas del Reino, incluidas Baleares y Canarias, desde el 15 de Febrero al 15 de Agosto. En las albuferas y lagunas donde se acostumbra á cazar los ánades silvestres, podrá realizarse hasta el 31 de Marzo.

»Las palomas, tórtolas y codornices podrán cazarse desde 1.º de Agosto en aquellos predios en que se encuentren levantadas las cosechas.

PUBLICACION DE LA VEDA EN MADRID.—Se ha fijado en esta Corte y en los sitios de costumbre el siguiente Bando:

«Don Francisco Caballero y Rozas, Marqués de Torneros y viudo del Villar, Alcalde Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento constitucional de esta M. H. Villa,

»Hago saber:

»Que en cumplimiento de lo que previene la ley vigente de Caza, promulgada en 10 de Enero del año último, la Veda absoluta de ella queda establecida en la época de su reproducción, fijada para esta provincia desde 1.º de Marzo hasta igual día de Setiembre; y con el fin de que nadie alegue ignorancia de lo que la expresada ley determina, he creído oportuno recordar las disposiciones siguientes:

»1.ª Queda terminantemente prohibida la circulación y venta de caza y pájaros muertos durante la temporada de Veda, comprendiéndose en esta medida la caza viva mayor y menor, con la sola excepción contenida en la disposición 7.ª

»2.ª La caza de aves acuáticas, que se acostumbra en las albuferas y lagunas, podrá realizarse hasta el 31 de Marzo. Las palomas, tórtolas y codornices, podrán cazarse desde 1.º de Agosto en aquellos predios en que se encuentren levantadas las cosechas; y respecto á las aves insectívoras, no pueden cazarse en tiempo alguno, atendiendo al beneficio que reportan á la agricultura.

»3.ª Los dueños particulares de las tierras destinadas á vedados de caza, que estén realmente cercadas, amojonadas ó acotadas, podrán cazar en ellas libremente en cualquier época del año, siempre que no usen reclamos ni otros engaños á distancia de 500 metros de las tierras colindantes, á no ser que los dueños de éstas lo autoricen por escrito.

»4.ª La caza de la perdiz con reclamo queda absolutamente prohibida en todo tiempo, salvo lo expresado en la disposición anterior.

»5.ª Se prohíbe en todo tiempo la caza con huron, lazos, perchas, redes, liga y cualquier otro artificio, así como el realizarla en los días de nieve y en los llamados de fortuna, ni de noche con luz artificial.

»6.ª No se permite cazar con armas de fuego sino á la distancia de un kilómetro, contado desde la última casa de la población.

»7.ª Se exceptúa de la prohibición general, y á partir desde 1.º de Julio en adelante, los conejos procedentes de monte, dehesa ó coto de propiedad particular, cuyos dueños quieran aprovecharlos durante la Veda, los cuales podrán matarlos por cualquier medio, y, previa licencia escrita de la autoridad local, venderlos desde la fecha expresada en adelante. Desde la misma, hasta que termine la época de la Veda, los conejos así muertos no podrán conducirse por la vía pública, sin licencia del Alcalde del término municipal en que radiquen las tierras en que fueron cazados.

»8.ª Desde 1.º de Marzo á 15 de Octubre se prohíbe

la caza con galgo en las tierras labrantías desde la siembra hasta la recolección, y en los viñedos desde el brote hasta la vendimia.

»9.ª Las ordenanzas municipales prohíben también la pesca que no se haga en el tiempo y forma que determina la ley.

»10. La caza y pesca que se aprehenda durante el tiempo de Veda será decomisada, repartiéndose por mitad entre el denunciante y el agente de la autoridad que hiciere la aprehensión, procediéndose en estas denuncias en conformidad á lo dispuesto en los artículos 45 y 46 de la Ley de Caza.

»Todos los dependientes de la autoridad municipal, especialmente los guardas jurados de campo, vigilarán por el exacto cumplimiento de estas disposiciones.

»Madrid, 20 de Febrero de 1880.—MARQUÉS DE TORNEROS Y VIUDO DEL VILLAR.»

ASOCIACION DE AFICIONADOS Á LA CAZA Y PESCA DE CATALUÑA.—La grandeza y nunca vista suntuosidad con que los cazadores catalanes han celebrado la publicación de la Veda; las extensas descripciones que traen de tan magnífica fiesta los periódicos de Barcelona; el hecho de que se publicará un número especial del *Boletín* de aquella Asociación, solamente para detallar todos los pormenores del fausto suceso venatorio, primero en su género en España; la ausencia prolongada del Director de LA ILUSTRACION VENATORIA, el Sr. Gutierrez de la Vega, que ha sido invitado á Barcelona, donde le detienen nuestros camaradas, dispensándole todo linaje de obsequios y consideraciones, todo ello nos impone el deber de consagrar largo espacio, en más de un número, á esa rara y grandiosa función que ha de hacer época en los anales venatorios, por lo cual aplazamos para el número inmediato el empezar su descripción con lo que dicen los diarios de aquella capital.

CASINO DE CAZADORES DE VALENCIA.—El día 15 de Febrero actual fué el designado por el Casino de cazadores valencianos con objeto de celebrar el primer aniversario de su instalación.

Hé aquí lo que dice un periódico de aquella capital:

«La fiesta, dado el asunto que la motivaba, y á juzgar por los preparativos, prometía ser solemne, y así fué en efecto. Las ocho y media era la hora señalada para dar principio, y media hora antes era ya casi imposible penetrar en el salón principal; gran número de socios y bastantes invitados llenaban por completo las principales dependencias de la casa social. Llegada la hora ocupó la presidencia el señor Barón de Córtes (hijo), y los secretarios D. Eduardo Vilar y D. José Codoñer, llenando el estrado individuos de la Junta directiva, varios convidados y representantes de la prensa local.

»Abrióse la sesión con la *Marcha religiosa* de Gounod, que fué magistralmente ejecutada á piano y armonium por los Sres. D. Rafael Gil y D. Vicente Plasencia.

»El vicesecretario Sr. Codoñer leyó los acuerdos de la Junta directiva para la celebración de este aniversario.

»El Sr. D. Eduardo Vilar, secretario general, reseñó en una extensa y concienzuda Memoria los múltiples trabajos realizados por la Sociedad durante su primer año de existencia. Aquella fué un relato fiel de la próspera marcha que felizmente ha emprendido el Casino, y por ello se colige el desarrollo é importancia que está llamado á adquirir. El Sr. Vilar, que es tan inteligente médico como discreto y buen secretario, supo retratar con mano maestra la posición de la Sociedad, y lo mucho que en lo sucesivo de ella puede esperarse, toda vez que en solo un año ha sabido colocarse á la altura de las primeras en su clase, y adquirido la importancia y consideración en que en Valencia con justicia se la tiene.

»El público aplaudió el trabajo del Sr. Vilar, y sentimos, por el pequeño espacio de que podemos disponer, no reproducir algunos párrafos de su brillante Memoria.

»Los Sres. Gil y Plasencia tocaron la *Pietà Signora*, de Stradella, y la concurrencia premió su acierto con nutridos aplausos.

»El Presidente dió las gracias á la concurrencia y felicitó á la Sociedad, felicitándose á sí propio por el laudable desarrollo que había adquirido.

»Finalmente, fué ejecutado á piano y armonium el final de la ópera *Lucía*, disolviéndose la reunión entre los atonadores aplausos del público, que pedía la repetición de esta obra, y que los Sres. Plasencia y Gil complacieron, tocando algunas otras piezas con satisfacción de los presentes.

»La Junta obsequió á los socios y convidados con un espléndido *lunch*, y con esto terminó el acto, que proporcionó á todos motivo de solaz en la velada que acabamos de reseñar.

»No hemos de terminar esta pequeña revista sin consignar el buen gusto y elegancia con que fueron decorados los varios departamentos de la casa social; en todos

ellos había colocados multitud de trofeos del arte venatorio y diversidad de aves disecadas, esas que en vida son el objeto de la codicia de los aficionados á la caza; desde la escopeta del sistema más perfeccionado hasta la ordinaria y rústica alpargata de esparto que se usa en los marjales, todos, absolutamente todos los pertrechos indispensables al cazador figuraban entre los múltiples y diversos que allí se hallaban en exposicion.

»Desde el laborioso jilguero y la cosmopolita golondrina hasta el águila orgullosa, todas las especies que el cazador en el campo codicia se hallaban esparcidas entre los estantes del salon, autorizando, permítasenos la frase, con su muda presencia la celebracion del aniversario.

»La Comision de decorado supo dirigir con gusto el arreglo de los salones.»

EXPOSICION PISCATORIA.—El Sindicato de la Sociedad de cazadores y pescadores de Navarra ha hecho la siguiente solicitud:

«Ilmo. Sr. Gobernador civil de la provincia.—Pamplona, 2 de Febrero de 1880.—Ilmo. Sr.: Tengo el honor de acompañar á V. S. la adjunta instancia que este Sindicato eleva al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, acerca de la necesidad de vedar la pesca de la trucha en Navarra en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero, rogando á V. S. la informe interponiendo su competente influencia para la consecucion del fin que la Asociacion se propone en beneficio de la riqueza de la provincia y futuro provecho de los pescadores de buena ley.—Dios guarde á V. S. muchos años.—P. A., el Presidente, AGUSTIN LOPEZ BLANCHAR.

»Excmo. Sr. Ministro de Fomento.—Excmo. Señor: Amantes del cumplimiento de las leyes del Reino, y entusiastas por los placeres de la caza y de la pesca, en cuanto se publicó la vigente Ley de Caza de 1879 se formó en Navarra una Asociacion, que adquirió el carácter de legal al recibir la autorizacion del señor Gobernador civil de esta provincia para constituirse.

»Los primeros acuerdos de su Sindicato, que representan fielmente los intereses y aspiraciones de aquella, fueron los de colocarse resuelta y enérgicamente al lado de la autoridad civil de Navarra, para indicarle leal y sinceramente las trasgresiones que se cometian en esta fértil provincia, alentadas por la impunidad de épocas anteriores, y en solicitud de remedio á los desmanes, por conocer que las múltiples atenciones de las autoridades dignísimas, que se han sucedido en el mando de la provincia, no han podido materialmente dedicarse en absoluto á exigir el severo cumplimiento de las ordenanzas de caza y de pesca.

»Hoy, Excmo. Señor, ha surgido un incidente en el mercado público de Pamplona, que afecta en grande escala á la riqueza productora de Navarra, así como á la higiene, base de la solicitud de las autoridades en todas las poblaciones. La ley de Pesca aún vigente es la del año 1834, por no haberle llegado el turno de reforma, como ocurrió con la de Caza, y en su art. 47 del tit. vi se consigna la autorizacion de la pesca con redes desde 1.º de Agosto hasta fin de Febrero.

»Sábiamente inspirada aquella disposicion, defiende la cría de la pesca en general durante aquellos meses; pero no ocurre lo mismo con la trucha, que *desova ó friega* en los meses de *Noviembre, Diciembre y Enero*, y tan apetecida clase de pesca forma uno de los medios de valiosa

subsistencia en los ricos criaderos de toda la montaña de Navarra.

»El proverbial celo é interes de V. E. en pro de cuanto en la esfera legal pueda favorecer á la riqueza del país, mueve á este Sindicato á exponer á V. E. la conveniencia de una disposicion que impida la total destruccion de los pocos criaderos de truchas que nos quedan en Navarra, y la necesidad del remedio está comprobada con el reciente hecho del *veto facultativo*, interpuesto por el Inspector delegado del Ayuntamiento de esta capital, á la venta de truchas en nuestro mercado, por considerarla nociva á la salubridad pública en vista del estado en que se hallaban, destruidas por la *friega* y abundancia de *ovario* que ha destruido millones de crías.

»Tan sólo, Excmo. Señor, por medio de una Real disposicion puede contenerse el abuso que hoy tiene lugar, puesto que escudados los pescadores de oficio, que sólo atienden al lucro de hoy, sin preocuparse por la falta total del mañana, barren nuestros rios sin dique alguno; y si V. E., con su poderosa mediacion, se dignara tomar en cuenta la respetuosa súplica de este Sindicato, disponiendo una veda severa para la pesca de la trucha con cualquier clase de redes en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero, se repoblarían con el tiempo los afamados rios de Navarra, y los buenos aficionados recordarian con respetuosa veneracion al distinguido gobernante que contribuyera al fomento de aquella industria, que tan pingües resultados produce á los que especulan con su tráfico legal.

»El Sindicato de Navarra, que me honro de presidir, tiene, Excmo. Señor, el grato deber de exponer á V. E. su respetuosa y continúa consideracion.

»Pamplona, 1.º de Febrero de 1880.—P. A. del Sindicato.—El Presidente, AGUSTIN LOPEZ BLANCHAR.»

UN GOBERNADOR DISCRETO.—Tenemos el mayor gusto en insertar la circular que el Gobernador civil de Navarra ha publicado en el *Boletín Oficial* de la provincia:

«Gobierno de la provincia de Navarra.—Circular número 117.—Los Sres. Alcaldes de los pueblos de esta provincia dispondrán que en los parajes acostumbrados se fije, por medio de aviso firmado por ellos, lo siguiente:—En obsequio á la riqueza pública, todos los vecinos se servirán guardar las observaciones siguientes:

»*Erizo*.—Se alimenta de insectos, gusanillos, limazas, larvas y otros muchos animales perjudiciales á la agricultura.—No deben matarse los erizos.

»*Topo*.—Destruye sin cesar los gusanos, larvas é insectos dañinos. No se alimenta de vegetales. Hace más beneficio que mal.—Perjudica matar los topes.

»*Sapos*.—Ayuda de la agricultura, destruye de 20 á 30 insectos por hora.—No deben matarse los sapos.

»*Moscárdomes, abejones y sus larvas*.—Enemigos mortales de la agricultura; ponen de 70 á 100 huevos.—Deben destruirse.

»*Nidos*.—No deben cogerse para destruir sus huevos, porque se mata tanto al pájaro que limpia de insectos nuestros campos como al que viene con sus cantos á alegrarlos. Ejercen los pájaros una benéfica influencia para devorar la langosta en estado de mosquito. Despues, se disminuye nuestra caza de perdiz y codorniz.—Es necesario no destruir sus nidos.

»*Peces*.—El enturbiar nuestros rios y manantiales con cal envenena sus peces y sus crías, faltando despues la

pesca.—No debe echarse cal á los peces.—El Gobernador, *Jerónimo Flores*.»

Segun dice *La Correspondencia*, de Alcalá de Henáres, por el aficionado á la pesca Manuel Fernandez fué cogida en el rio Henáres, cerca del Puente Zulema, una rata almizclera, animalito poco conocido en aquel país por sus formas, el cual exhala un olor de almizcle tan suave y pronunciado, que ha llamado la atencion de cuantos la han examinado: no tiene cabeza, y sí una especie de trompa parecida á la del megaterio.

TRINEOS CON VELAS.—Entre los *sports* de invierno en el Canadá y los Estados-Unidos, en donde el hielo dura de dos á tres meses, uno de los más deliciosos es el llamado *ice yacht*, especie de trineo de velas, que el viento hace deslizar sobre el hielo con una velocidad vertiginosa.

La construccion de estos *yachts* es muy ingeniosa. La quilla representa la plancha de un patin, y en la parte anterior se extienden por cada lado dos grandes brazos que tienen cada uno una hoja cortante que se introduce en el hielo, y que mantiene el equilibrio de la embarcacion sin que nunca pueda perder el nivel. La parte posterior se parece á los buques de vela ordinarios, con una cavidad para sentarse. Cuando se presenta una gran extension de hielo perfectamente unido y el viento hincha las velas, la velocidad del *ice yacht* no tiene límites, y por algunos instantes se desliza con una rapidez que no ha sido posible nunca evaluar.

En los largos trayectos la marcha se ve muchas veces interrumpida por las asperezas de la superficie helada. En este caso el navegante debe procurar con el mayor cuidado evitar todo choque; pues por pequeño que éste fuera, en tan espantosa carrera seria peligrosísimo y tendria sin duda consecuencias fatales.

Por regla general, los *ice yachts* corren veinte leguas por hora, caminando con mayor velocidad que los trenes directos.

Una de las vías férreas de Nueva-York costea un canal, y muchas veces en invierno los trineos luchan en velocidad con los trenes, y en cortas distancias los dejan atras con la velocidad del relámpago.

GUSANO DE SEDA.—El 19 de Diciembre llegó á New-York, procedente de Yokohama, un cargamento de huevos de gusano de seda, con destino á Francia é Italia, valuados en 850.000 pesos. El procedimiento que se emplea en su envase es el siguiente: péganse los huevos á tiritas de cartulina, que se introducen en cajas de tres piés de largo por uno de ancho, teniendo cuidado de aislar cada una de dichas tiras por medio de láminas de papel de china. Cada una de las tiras de cartulina tiene pegados de 30 á 35.000 huevos, y cada caja contiene unos 600.000 de ellos. Este envase es casi siempre lo bastante para que los huevos puedan dar la vuelta al mundo sin deteriorarse, si se tiene la precaucion de colocarlos en un lugar fresco y ventilado.

MONTERÍA.—Segun noticias que hemos recibido de la Ulzama, en el valle de Anué, varios cazadores, hace pocos dias, levantaron ocho jabalíes, sobre los que no pudieron disparar sus escopetas; pero en cambio mataron un magnífico corzo que pesó diez y nueve libras carniceras.

ANUNCIOS.

UNION DES ÉLEVEURS.—9, rue Chanez, Paris.—Auteuil. Repoblacion de animales de caza. Volátiles de todas especies. Gallos Crèveœur, Flechois, de Houlaux, etc. Faisanes de bosque, perdices rojas y grises, de alto vuelo y completa defensa. Liebres, conejos y corzos. Toda esta caza es de excelentes condiciones.—(10-1.)

JABON CATHERY para lavar los perros, que ha merecido medalla de oro en Inglaterra. Salud y limpieza de los perros. Precio: 75 céntimos la pasta, y un franco en libranza de correos. La docena 8 francos, en libranza, pidiéndola por el correo. Depósito, en casa de M. E. Testelin, perfumista, rue Neuve-Saint-Augustin, 10, Paris.—(8-3.)

PÍLDORAS DE ALFORT, aprobadas por los veterinarios, contra las enfermedades de los perros, como sarna, ictericia, lombrices, rabia, etc. Preventivas, depurativas, purgantes y vermífugas. Dos francos la caja, y 2 francos 25 céntimos por el correo. Farmacia de Béguin, rue de Ménilmontant, 49, Paris.—(18-2.)

PERROS INGLESES.—El catálogo de la renombrada perrera de perros de muestra ingleses, de la mejor sangre del mundo, se envía franco de porte á todo *sportman* que lo pida al propietario Mr. A. Tondreau Loiseau, banquero, en Péruezel (Bélgica).—(10-2.)

CRAMER & BUCHHOLZ, fabricantes de pólvora en Ronsahl (Westfalia) y en Rubeland (Brunswick), recomiendan su pólvora de caza Diana, de primera calidad, comprimida, en granos gruesos, al natural, y de grande eficacia principalmente para el uso de escopetas de largo alcance.—Recomiendan todas sus demas especies de pólvora de caza, de iro, de mina y de guerra.—(10-2.)

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

—Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros dias, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega. Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripcion, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está publicado tambien y contiene el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala, con un discurso y notas del Sr. Gutierrez de la Vega. Ha costado por suscripcion 6 pesetas en Madrid y 7 pesetas en provincias.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administracion, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripcion.—Redaccion y Administracion de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introduccion por el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares nume-

rados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que LA ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitacion.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la coleccion del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella coleccion de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay tambien ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administracion en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1880.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.